

Fiesta de San José Obrero

Viernes, 1 de mayo de 2026

HOMILÍA

“¿No es este el hijo del carpintero?”, exclaman los conciudadanos de Jesús, que lo han escuchado predicar en la sinagoga de Nazaret. Para ellos, se trata de uno más de los hombres del pueblo. Su padre lo conocen bien, es el carpintero, el artesano del villorrio: José. Y a su madre la llaman por su nombre, María, como también a sus parientes más cercanos: Santiago, José, Simón y Judas.

Jesús no solo se identifica con el pueblo, con sus vecinos, con su parentela y con los trabajadores, sino que también es uno más de ellos por su origen y su profesión: es el artesano, hijo de José, el carpintero. Todo ello forma parte constitutiva de la identidad del Hijo de Dios hecho carne, al punto que sus paisanos se escandalizan que alguien de entre ellos pudiera hablar, así como han oído predicar a Jesús: “¿De dónde le vienen, decían, esta sabiduría y ese poder de hacer milagros? ... ¿De dónde le vendrá todo esto?”.

A nosotros también nos puede resultar arduo que el Señor haya querido compartir desde dentro toda nuestra realidad, aunque con toda razón nos dirijamos a Él con el salmista: “antes que nacieran la tierra y el mundo, desde siempre y para siempre, tú eres Dios”.

Pero Jesús siente como hombre, razona como hombre, desea como hombre y trabaja como cualquier hombre. San Pablo nos enseña que “pasó como uno de tantos” (Flp 2,7) y que era “en todo semejante a los hombres, menos en el pecado” (Hb 4,15).

Al respecto, el Concilio Vaticano II enseña que: “en realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado... Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación” (*Gaudium et Spes*, 22).

Sí, el Señor nos revela el sentido del trabajo en las lecturas de hoy.

En el relato sapiencial de la creación se presenta el trabajo como una vocación y una misión co-creadora del hombre y de la mujer, a través de su labor cotidiana, remunerada o no, pues han sido creados “a imagen y semejanza de Dios” (Gn 1,27), para “someter la tierra” y “llenarla” (Gn 1,28), esto es, para hacerla dar frutos que permitan la vida y la propagación del género humano, en el respeto de los demás seres vivos y del ecosistema. Esto último plasmado en el precepto que prevé la nutrición de todos los seres vivientes en base solo a una dieta vegetal, vale decir, en base a recursos renovables, sin contemplarse la carne y, por consiguiente, el derrame de la sangre, símbolo de la muerte y de la destrucción.

Para el hombre y la mujer, ser co-creadores a través del trabajo está íntima y orgánicamente vinculado con su vocación a ser progenitores de una familia. En efecto, el mandato del Creador es: “Sean fecundos, multiplíquense, llenen la tierra y sométanla; dominen a los

peces del mar, a las aves del cielo y a todos los vivientes que se mueven sobre la tierra”. El trabajo no dice relación solo con el sustento diario, sino con la alegría de dar origen a los hijos e hijas que proseguirán la hermosa tarea de transformar el mundo y perfeccionarlo para que sea la “Casa común” de la familia humana.

Sabemos que este hermoso designio se vio obstaculizado, aunque no del todo truncado, por la desobediencia de nuestros primeros padres. Con todo, la Iglesia no deja de cantar “Oh feliz culpa que mereció tal redentor”, Jesucristo.

Sí, Jesús no solo confirmará la dignidad del trabajo como vocación universal primigenia de la humanidad, sino que lo redimirá de “la fatiga, del sudor y de la maldición” que comportó el pecado, con la hondura de la cruz, donde manifestó en forma sublime la entrega generosa de toda su vida para que “todos tengan vida y la tengan en abundancia”. Las dificultades y contradicciones del trabajo y de los trabajadores unidas a la cruz del Señor se vuelven participación de su redención en el aquí y ahora personal, familiar, laboral, sindical y social, no solo transformando el mundo para el digno sustento de la propia familia y para el bien común, sino santificándolo en virtud de esa participación, volviéndolo “oblación agradable a Dios”. Así se adelanta también la gloria prometida a quienes han procurado el bien y la justicia, la paz y el auténtico desarrollo humano integral.

Felicitémonos unos a otros porque participamos de la vocación co-creadora a través de nuestro trabajo, pidamos por los que han perdido el trabajo o no lo encuentran, para que pronto puedan hallar un empleo digno que les permita solventar su vida y la de sus familias, a la par que contribuir con el bien común y a la justicia social. Recemos también por los que no pueden trabajar por distintas razones y por los que están en pensión, para que no sean abandonados a su suerte, especialmente los que carecen de medios suficientes de sustento, sino que acompañados y promovidos por sus hermanas y hermanos, encuentren diversos canales para colaborar con la obra común de la humanidad, especialmente a través de la oración y de la ofrenda de los propios dolores y dificultades.

¡A la Sagrada Familia de Nazaret de Jesús, María y San José, sublime ejemplo de trabajo, armonía familiar y alabanza a Dios, consagramos hoy a todos los trabajadores y a sus familias!

Amén.

+ Andrés Gabriel Ferrada Moreira
Arzobispo-Obispo de Chillán